

EL HOMBRE EXTERIOR, EL HOMBRE INTERIOR Y EL TESORO DE LA FE

¿Quiéren saber algo sobre la fe? Pues bien, sucede que las gentes confunden a la creencia con la fe, y esta equivocación es de orden general: confunden, siempre, a la "gimnasia con la magnesia" y es difícil poderle quitar a la gente esa tontería (suponer que la fe es la misma creencia).

La cruda realidad de los hechos, para mi modo de ver y de entender las cosas, es que (ante todo) el que quiera llegar a tener fe de verdad, debe desdoblarse en dos: en el hombre exterior y el hombre interior. En tanto no logre uno desdoblarse psicológicamente, pues sigue viviendo como hombre exterior.

El hombre exterior, ¿de donde va a sacar la fe? Hay que darle nacimiento, en uno mismo, al hombre interior; el nuevo hombre debe nacer dentro de uno mismo. Ese hombre interior no es otra cosa que el hombre psicológico. El hombre interior está colocado en un nivel superior al del hombre exterior. Es necesario "renacer" (dice Jesús) "del agua y del espíritu", y todos los evangelios del Gran Kabir Jesús, van a eso: al renacimiento del hombre interior. Él quiere que surja el hombre interior en cada persona, eso es lo que desea el Gran Kabir. Los mensajes de Jesús no están dirigidos al hombre exterior, pues él no venía dispuesto a perder el tiempo miserablemente; dando conocimientos exclusivos para el hombre exterior. Las enseñanzas de Jesús tienen un solo objetivo: que se renazca del agua y del espíritu; él quiere que en nosotros renazca el hombre interior, que nos desdoblemos en dos.

Obviamente, el hombre interior nace dentro de nosotros en un nivel superior, en una octava superior. El hombre exterior, el hombre común y corriente, está colocado siempre en un nivel de tipo inferior; eso es ostensible.

Así que, Jesús no se interesa mucho porque prosiga el hombre de nivel inferior, sino porque renazca en nosotros el hombre interior; él quiere que renazcamos del agua y del espíritu, quiere que lleguemos al Nacimiento

Segundo, quiere el desdoblamiento del hombre.

Cuando uno se ha desdoblado en sí mismo, cuando se ha dividido en hombre superior y hombre inferior, entonces tiene una experiencia directa sobre lo real.

El hombre exterior, realmente, vive en el mundo externo y únicamente puede saber sobre las cosas del mundo externo. El hombre interior es distinto: vive en un mundo interior y conoce la vida exterior, completamente, y también la vida de tipo interior. Y es que el hombre que ha renacido del agua y del espíritu, es diferente. Cuando eso sucede, el mismo hombre exterior se somete a la voluntad del hombre interior y actúa en consonancia con las leyes de los mundos internos (ya es un hombre diferente).

Es claro que para que renazca en nosotros el hombre interior, se necesita ante todo reconocer nuestra propia nada y miseria psicológica. Es claro que las gentes comunes y corrientes están acostumbradas a vivir de acuerdo con las reglas de este mundo: se sienten perfectísimas y llenas de virtudes, mejores que don fulano de tal, que doña zutana, etc. Siempre se quejan de que no les reconocen sus méritos: si trabajan en una fábrica, pues consideran necesario que se les pague bien, que se les aumente el salario conforme los precios aumentan; no dan "puntada sin dedal", aspiran siempre a un ascenso. Si son simples soldados en el Ejército, pues quieren llegar a ser Cabos, quieren ser Sargentos, quieren ir progresando poco a poco, y allá, en su interior, sueñan con llegar a ser Generalísimos, Generales de División. ¿Por qué? Porque se consideran dignos de mérito, creen que todo se lo merecen, y si trabajan en algún sentido, si hacen algún esfuerzo, exigen su paga, y si no les pagan, pues protestan. ¿Cómo? "¡No es justo - dicen-, yo he trabajado, he luchado, tengo tales y tales méritos, y sin embargo a mí no me han sabido pagar, no han sabido reconocer mis esfuerzos!" ¡Así es el hombre exterior!

Pero, para que nazca el hombre interior, tiene uno que volverse diferente y eso es lo difícil. sólo llegando a reconocer que precisamente uno no vale nada, a pesar de haber trabajado muy duro en la vida, acaba con la psicología anormal del hombre exterior.

Tiene uno que llegar a comprender que es un imbécil, en el sentido más completo de la palabra. Y esto que estoy diciendo, no son meras poses de comediante, ni tampoco fingidas mansedumbres o actitudes pietistas, o mojigatería de muy mal gusto. No, señores, en verdad que cuando uno examina su propia existencia, cuando revisa su propia vida, llega a descubrir que es un idiota, que no vale nada. Pero en tanto crea uno que vale algo, no puede nacer dentro de sí mismo el hombre interior. Mientras uno crea que vale mucho, seguirá siendo lo que ha sido siempre: el hombre de la calle (común y corriente), el señor que está detrás del mostrador en el almacén, el boticario que prepara recetas, o el vendedor de artículos de primera necesidad, pero jamás el hombre interior.

El hombre interior nace dentro de uno como resultado de sus propias reflexiones. Si se quiere que nazca el hombre interior dentro de sí mismo, tiene que darse el lujo de destruir lo que uno es, lo que es uno mismo: un saco de reacciones mecánicas, absurdas, un saco de prejuicios, de simpatías y de antipatías mecánicas, de lujurias, etc. Total: un cretino.

Si uno se da cuenta de que es eso, y nada más que eso, se le quitan las ínfulas de vanidad y se dedica en verdad a lo que debe dedicarse: a la destrucción del mí mismo.

Esto es algo que suena muy feo para las gentes que se quieren mucho. A nadie, que tenga el Yo del amor propio, puede gustarle estas palabras que estoy diciendo aquí. Pero así es: cuando uno trabaja de verdad, sinceramente, está erradicando de su psiquis lo que debe erradicar (su imbecilidad, su idiotez, su cretinismo, sus ínfulas de grandeza, su autoimportancia, etc.).

A medida que los elementos indeseables que uno lleva en su interior mismo se reducen, a cenizas, la Esencia (la Conciencia) se va liberando (eso es ostensible) y va surgiendo en uno la fe. Esa Conciencia liberada es fe, pero fe de verdad; no hablo de creencias (esas creencias no sirven para nada), hablo de fe verdadera, que es sapiencia.

Obviamente, a medida que la Esencia es libera, aumenta la sapiencia. Cuando la totalidad del Ego es destruido, aniquilado, la Esencia (el hombre interior) queda completamente autoconsciente.

Ese hombre, nacido del agua y del espíritu, tiene fe verdadera, es el hombre de fe. No la fe ciega, no la creencia aquella del carbonero, ni lo que a uno le enseñaron los dogmas de tal o cual religión; no me quiero referir a la fe del hombre consciente, desprovisto de Ego, al que indudablemente, por experiencia directa, vivida, puede vivenciar los Misterios de la Vida y de la Muerte, puede vivenciar eso que está más allá del cuerpo, de los deseos y de la mente, eso que no es del tiempo, eso que es la verdad.

Así pues, en tanto no nos hayamos dividido en dos hombres: el exterior, común y corriente, y el interior, profundo, no seremos hombres de fe. Seremos hombres de creencias, pero no de fe.

Empero, tampoco podemos exigirle a nuestros estudiantes un ciento por ciento de fe. Esto de la adquisición de la fe, es algo graduativo. Si alguien ha liberado tan solo un cinco por ciento de Esencia, pues tendrá un cinco por ciento de fe, y si es un diez por ciento lo que ha conseguido liberar (mediante la trituración y desintegración de algunos elementos psíquicos indeseables), pues tendrá un diez por ciento de fe, y el que ha disuelto un cincuenta por ciento de Ego, pues tendrá un cincuenta por ciento de fe, y el que ha logrado el ciento por ciento de destrucción del Ego (en otros términos, el que ha conseguido liberar un ciento por ciento de su Esencia), tiene un ciento por ciento de fe, es el hombre de fe integral.

Pero, al repetir esto de la fe, temo mucho que crean que se trata de la fe del carbonero, o de las creencias. Cuando digo "fe", me refiero a la sapiencia, al conocimiento. Si el hombre interior tiene derecho a conocer (por experiencia mística directa) la verdad, si tiene derecho a experimentar los Misterios de la Vida y de la Muerte, si tiene derecho a investigar los enigmas del universo, pues entonces la fe es conocimiento auténtico, no es la creencia.

Quien quiera llegar, en verdad, a ser hombre de fe, tiene que dar nacimiento (en sí mismo) al hombre interior, es decir, tiene que desdoblarse en dos: en el hombre interior, colocado (naturalmente) en el nivel de una octava más elevada, y el hombre exterior, colocado en un nivel más bajo, en el mundo en que vivimos.

Pero en tanto continuemos viviendo simplemente como hombres del

nivel inferior (en este mundo tridimensional de Euclides), no será posible tener fe, ni tampoco será posible conocer, en alguna forma, los Misterios de la Vida y de la Muerte, conocer lo real.

Necesitamos dividirnos en dos; desdoblarnos. Cuando uno se desdobra, llega a reconocer que dentro de sí mismo, en las profundidades del hombre interior, hay una autoridad colocada en otra octava aun más elevada, y se somete a esa autoridad y entonces aumenta la fe.

Cuando uno se somete a esa autoridad (colocada, dentro de uno mismo, en una octava ascendente), o sea, cuando uno se ha desdoblado en dos y el hombre interno se somete a esa autoridad, y (a su vez) el hombre externo se somete al hombre interior, todo en general queda sometido una autoridad íntima, que no es otra sino la de la propia particularidad, la de su propio Logoi, la de su propia Mónada (hablando esta vez al estilo de Leibnitz), la de su Padre que está en secreto.

Mientras más obedezca uno esa autoridad, tanto en los Cielos como en la Tierra, es decir, tanto en el espacio psicológico como aquí, en el espacio tridimensional de Euclides, pues tanto más aumenta la fe.

Ante todo, tiene uno que darse cuenta que no vale nada y someterse a la autoridad interior, profunda (no hablo de una autoridad exterior, claro está, sino de la voluntad íntima). Si uno se somete a esa autoridad íntima, si la obedece, la fe aumenta.

Para someterse a esa voluntad interior profunda, tiene uno que reconocer su propia nada y miseria. Si uno cree que vale algo, no se somete, y si no se somete, tampoco aumenta la fe. Para que la fe se multiplique, necesita uno someterse a esa autoridad superior, interior y profunda: a la voluntad del Ser, a la voluntad de su Mónada particular; la misma voluntad (ésta personal que tenemos) obviamente debe someterse a esa voluntad interior profunda que se ha formado gracias al desdoblamiento humano.

Entonces, cuando uno se somete a esa voluntad interior profunda, pues marcha bien, porque esa voluntad interior profunda a su vez se somete a la autoridad interior del Ser y todo cambia: se multiplica la fe y el

hombre exterior, aquí en el mundo tridimensional, trabaja en consonancia con las leyes interiores y con la voluntad del Ser; ya es algo diferente, ya no es simplemente un robot como las gentes comunes y corrientes, que no son sino robots programados para tal o cual profesión, para tal o cual oficio, etc.

Así pues que tener fe es importante, pero nadie podría llegar a tenerla si no ha dado nacimiento al hombre interior, si no ha llegado a desdoblarse en dos, si no ha llegado a eliminar de su psiquis los elementos indeseables que allí lleva, puesto que así es como surge la llamarada de la fe, que no es creencia sino conocimiento y sapiencia. Distíngase entre conocimiento y creencia, pues son diferentes.

Creo que ustedes me van entendiendo. ¿Tienen algo que preguntar, con respecto a la fe, o con respecto a la creencia?

P.- Maestro: el conocimiento de los cinco centros y la destrucción de los Egos, ¿son elementos básicos o mecanismos para adquirir la fe y para lograr el desdoblamiento?

R.- ¿"Mecanismos" para adquirir la fe? La fe no se adquiere con mecanismos, la fe se adquiere a base de trabajos conscientes y padecimientos voluntarios. Ningún esfuerzo mecánico puede transformarnos; solamente pueden transformarnos los esfuerzos conscientes. La fe no se adquiere sino desintegrando el Ego, y el Ego no se desintegra, repito, sino a base de trabajos conscientes y padecimientos voluntarios. Esto se aparta de los mecanismos, nada tiene que ver con los mecanismos.

